

acción del 9 de Noviembre... El deseo que me asaltó entonces de venir á la Guerra, á seguir la suerte de mis compatriotas, y el anhelo anterior, que ha llenado toda mi vida, de visitar la tierra de los Moros, vense ya realizados afortunadamente.—¡Esta es *Africa!* ¡Aquél es *Tetuán!*... La espada del soldado aventurero me asiste ahora, como ayer la lira del trovador apesarado, como antes el báculo del peregrino que buscaba un nombre.—¡Todo es verdad en la vida!... ¡Quizá lo único que hay falso en ella es la idea de la muerte!

¡Morir!... ¡Yo no lo comprendo!—Cuando todas las ilusiones terrenales se realizan; cuando toda necesidad tiene su satisfacción en la Naturaleza; cuando todas las esperanzas mundanas llegan aquí abajo á seguro cumplimiento, ¿cómo no ha de realizarse, satisfacerse y cumplirse nuestro deseo de inmortalidad, nuestra ansia de conocer á Dios?—El amor, la gloria, la ambición, los ensueños del artista y del poeta, todo llega á convertirse, al fin, en hechos evidentes y tangibles, en logros materiales...—¿Cómo ha de ser vana quimera el ideal más sublime, la inspiración más constante de nuestra alma?

¡Ah, sí! ¡La muerte es mentira!—*La muerte es despertar de un sueño*, como dijo nuestro gran poeta.

XXXII

De cómo celebró el Ejército de Africa los días del Príncipe de Asturias.—Combate solemne.—Nuestra Infantería forma el *cuadro*.—El Conde d'Eu.—La Caballería española y la marroquí.—Gran Parada.

Campamento de Guad-el-Jelú, 24 de Enero.

Después de tres días de completo descanso para todo el Ejército (menos para los Ingenie-

ros, quienes han trabajado sin cesar en el *Reducto de la Estrella*), despertónos ayer, 23, la poderosa voz de cien cañones, que, resonando en mar y tierra con redoblados ecos, nos hizo sospechar si se habría prolongado nuestro sueño más de lo permitido, é irían ya muchas horas de reñirse una gran batalla á que estaríamos faltando ignominiosamente.

Empero poco después observamos que el alegre toque de diana se unía al ronco són de tan extraño cañoneo, lo cual quería decir que estaba amaneciendo en aquel instante... (Y, en efecto, el lienzo de nuestras tiendas filtraba apenas una dudosa claridad.)—¿Qué significaban, pues, aquellos cañonazos tirados tan á deshora?

Pronto supimos que estábamos á 23 de Enero, día de San Ildefonso, y día, por consiguiente, del presunto heredero de la Corona de España...—Aquellos cañonazos eran, por consiguiente, salvas de pólvora sola.

Todos opinábamos lo mismo. Un día semejante no podía pasar como cualquiera otro. Los Moros acudirían, como siempre, al reclamo de nuestros cañones: si sabían que celebraban una fiesta, para turbarla, y si habían tomado los disparos por un segundo desafío, para recoger el guante y sostener el duelo al abrigo de sus nuevas trincheras.

Equipóse, pues, de guerra todo el mundo desde la primera hora del día; ensilláronse los caballos preventivamente; dióse la orden de acelerar los ranchos; requirió sus armas cada uno, y cundió, en fin, por todo el Campamento aquella febril animación y bárbara alegría que son ya entre nosotros indicio cierto de la proximidad del combate.

Y el caso fué que nuestros presentimientos se cumplieron.

—¡A caballo! (se oyó decir en el Cuartel Ge-

neral á eso de las nueve). ¡El general O'Donnell va á montar!... ¡Parece que se ven Moros!

Montaron, pues, también los cuarenta ó cincuenta jefes, oficiales y agregados que constituyen el Cuartel General, y seguido de ellos y de su escolta de Carabineros y Guardias civiles, tomó el General en Jefe el camino del *Reducto de la Estrella*, atravesando por todos los Campamentos, que le batieron Marcha Real, según es de Ordenanza.

El *Reducto* se halla bastante adelantado. Constrúyese con tierra y hojas de pita, y su destino es conservar la comunicación entre la Escuadra y el Ejército el día que éste avance hacia *Tetuán*.—Protegían ayer los trabajos dos Escuadrones de Caballería, un Batallón de línea y un Escuadrón de Artillería de á caballo, á las órdenes del renombrado brigadier Villate.

Más de una hora permaneció el general O'Donnell en aquel *Reducto*, dando instrucciones para su pronta terminación y estudiando los intentos del enemigo. Pero éste no se separaba de sus artilladas trincheras, como si, en lugar de prepararse á atacarnos, esperara una acometida de nuestra parte; lo cual nos hizo discurrir del siguiente modo:

“Los Moros recuerdan sin duda que nuestro Ejército celebró el día de la Reina inaugurando la Campaña, y temen que hoy, por ser día del Príncipe de Asturias, demos el ataque á *Tetuán*.”

Con gran placer (me atrevo á asegurarlo) lo hubiera hecho así el general O'Donnell; pero aun necesitaba y necesita preparar muchas cosas antes de volver á tomar la ofensiva (entre otras, recibir y montar el tren de sitio). Por consiguiente, ayer mañana, viendo á los Moros á la defensiva, regresó á *Fuerte Martín*, no sin profundo sentimiento del Ejército.

Una hora habría pasado desde que volvimos á nuestras tiendas, y proyectaba ya cada uno la mejor manera de emplear el ocio, cuando volvió á escucharse la misma voz que por la mañana:

—¡A caballo! ¡El general O'Donnell va á salir!... ¡Parece que nos atacan los Moros!

A todo esto serían las doce, y brillaba con gran esplendor uno de esos hermosísimos días de Enero que tan frecuentes son aquí y en Andalucía.

Todos volvimos á montar, teniendo que meter espuelas para alcanzar al general O'Donnell, quien ya atravesaba nuestros Campamentos dando órdenes por sí mismo. Al general Ros le mandó que lo siguiese con su Cuerpo de Ejército; al general Galiano, que avanzase también con la División de Caballería, y al general Ríos, que adelantase algunos Batallones por la izquierda, para protegerla en caso necesario, mientras que dos Escuadrones de Artillería de á caballo y una Compañía del Tercero de Posición emprendían la marcha rápidamente.

Entretanto, el enemigo, cansado de esperarnos delante de sus tiendas, se nos venía encima por todos lados, proponiéndose quizá apoderarse de las nuestras, ó meramente con el santo fin de verter sangre española.

Al llegar O'Donnell al *Reducto de la Estrella*, ya se encontraban á tiro de fusil numerosos enjambres de Infantería mora, mientras que su Caballería (más copiosa y regular que nunca) descendía por la derecha, rebasando nuestro frente, y nos amenazaba por aquel flanco, bien que desde el lado allá del río de la *Judería*, que aun no se había atrevido á pasar.—¡Siempre la *media luna*! ¡Siempre el afán de envolvernos!

El animoso brigadier Villate esperaba tran-

quilo la llegada del General en Jefe, defendiendo el *Reducto* con sus escasas fuerzas; pero tan hábil y valerosamente, que tenía á raya por todas partes los intentos del enemigo, sin apartarse del puesto que estaba llamado á sostener.

La situación podía ser crítica, y no debía perderse ni un momento...—Mientras llegaba la Infantería (que, naturalmente, no había podido seguir el galope del Cuartel General), el Conde de Lucena mandó avanzar por el flanco derecho al general García con doscientos caballos y con unas guerrillas de Cazadores, que el general Usáriz situó convenientemente, quedándose con ellas y dirigiendo sus comprometidas operaciones en medio de un incesante tiroteo.—Porque hay que advertir que entre nuestras posiciones y el Ejército enemigo había una larga serie de pantanos y lagunas, y que la acción estaba empuñada entonces de margen á margen; lo cual no podía dar otro resultado que mayores ó menores bajas en unas ú otras filas.

La Caballería árabe, que seguía corriéndose hacia el mar por la derecha, volvió pies atrás y se replegó al centro del llano no bien vió avanzar aquella recia, aunque reducida, falange de jinetes nuestros.—Y fué que los Moros comprendieron que nosotros, caminando siempre transversalmente, hubiéramos concluído por cortar su línea y dejar aislados y prisioneros (entre nuestros caballos, el mar, *Cabo Negro* y nuestro Campamento) á cuantos se habían atrevido á aproximarse á la playa.

Condensóse, pues, el enemigo sobre nuestro frente, en tanto que nuevas fuerzas, viniendo del lado de *Tetuán*, nos amenazaban ya por la izquierda.—Es decir, que en un instante cambió por completo la mutua posición de los combatientes y el plan de ataque de los Marroquíes.

Estas continuas y rápidas mudanzas de los

Moros son, indudablemente, habilísimas, y ponen á prueba la previsión y la paciencia de los Generales más experimentados.—¡Nadie sabe cómo se las componen unas tropas tan desorganizadas para comunicar á cada momento nuevos designios; para obrar concertadamente en las circunstancias más imprevistas; para ir y venir, variar de objeto, volver al intento que abandonaron, ó disiparse como el humo, y todo ello uniforme y simultáneamente, según las peripecias de la lucha!—Acaso no es ciencia ni obedecen á premeditadas instrucciones, sino que todos y cada uno se guían por un maravilloso instinto, semejante al de los ejércitos de abejas ó de hormigas.

De cualquier modo, el general O'Donnell no había distraído sus fuerzas por la derecha, cuando parecía formalizarse allí la lucha, ni menos dejado desamparada su izquierda; antes bien había previsto la nueva evolución de los Moros, y los aguardaba por el centro, con la Artillería dispuesta, apuntando precisamente al sitio en que habían de intentar el segundo ataque.

Vinieron, pues, contra nosotros millares de infantes y de jinetes, lanzando bárbaros gritos, y llegaron á la orilla de las lagunas del frente, haciendo vivísimo fuego... Pero en esto empieza á tronar nuestra Artillería: una espesa cortina de humo nos roba por un instante la vista del enemigo; y, cuando se aclara la atmósfera, vemos huir por todos lados á peones y caballeros, mientras que algunos se afanan, con riesgo de su vida, por arrastrar á los muertos y heridos que acaban de morder la tierra...

Sin embargo, no se ha acabado la acción...—¡Vive Dios, que la morisma es una brava gente!... ¡Apenas repuestos de la primera sorpresa, estudian la colocación de nuestros cañones; aclaran sus filas, y vuelven al mismo lugar que acaban

de bañar en sangre, esgrimiendo sobre su cabeza las argentadas espingardas y tirando contra nosotros en el momento de revolver sus caballos!...—Los de Infantería, por su parte, se arrastran cautelosamente entre la hierba; surgen de pronto ante nuestra vista; hacen fuego con la presteza del relámpago, y vuelven á arrojar al suelo, tal y como los fantasmas se hunden por escotillón en los teatros...

Por lo demás, así entre los jinetas como entre los peones, había ayer gentes nuevas, ó que, á lo menos, no recordábamos haber visto hasta entonces.—Una pintoresca variedad de trajes había sucedido á la antigua uniformidad de sus blancas ó pardas vestimentas. Quiénes vestían largos ropones encarnados, quiénes alquiceles azules y casquetes rojos; había muchos con jaique negro, y no pocos con abultados turbantes y ancho calzón amarillo ó verde; pero todavía la generalidad llevaba la clásica y monumental vestidura blanca, siquier en todos se notara más lujo y ostentación que en los demás combates...—Indudablemente, ayer nos las hubimos con *tropas de rey*, con soldados imperiales, con la flor del Ejército marroquí.

Nuestros cañones acabaron de despejar el frente.—El general O'Donnell se corrió entonces un poco á la izquierda para seguir los movimientos del enemigo (que el humo le impedía ver en el otro lado), y desde allí percibimos todo el Ejército moro, disperso ya por la llanura, y en actitud de volver á sus Reales, cual si ya se hubiese penetrado de la inutilidad de sus acometidas...

Pero, en esto, cierta guerrilla de la División del general Ríos pasó temerariamente una laguna próxima á la *Aduana*, y, llevada de un excesivo ardor, cargaba, ó, por mejor decir, perseguía á la Caballería mora;—lo cual, si era en

cierto modo una imprudencia, no dejaba de ser al mismo tiempo un alarde de valor heroico que nos hizo palpar de orgullo.—Ah! Nuevos en esta Guerra; ansiosos de recibir el bautismo del fuego y de la gloria, aquellos soldados veían alejarse al enemigo sin haber tenido ocasión de demostrarle y demostrarnos á nosotros que eran dignos de figurar al lado de los vencedores de tantos combates; y, llenos de noble impaciencia, buscaban una ocasión de luchar con él separadamente y de vencerlo por sí solos.

Los Marroquíes vieron á aquellos valientes separados de sus compañeros por una ancha laguna; y, creyendo llegada la hora de la venganza, volvieron sobre sus pasos y se dirigieron en considerable número contra la incomunicada guerrilla...

Pero el general Ríos volaba ya también en su auxilio, después de haber tratado (algo tarde) de contener tan intempestivo arrojó. Lanzóse, pues, en la laguna á la cabeza de un Batallón del Regimiento de *Cantabria*; atravesó las ondas á paso de carga, con el agua hasta la mitad del cuerpo, y, unidos ya todos á la guerrilla, corrieron al encuentro de los Musulmanes.

Mas si el general Ríos había sextuplicado la fuerza aislada que trataban de aniquilar los Moros, éstos, en cambio, habían centuplicado las huestes con que venían contra ella...—Puede decirse que *todo su Ejército* se dirigía ya hacia aquel atrevido Batallón, rodeándolo, envolviéndolo, acosándolo ferozmente, sin consideración alguna al fuego de nuestra Artillería...—¿Qué les importaba morir, si ya estaban seguros de matar? ;Mermarán en buen hora nuestras granadas sus enfurecidas huestes; pero el Batallón de *Cantabria* había caído en su poder, y no dejarían escapar la presa ni aun á costa de toda la sangre marroquí!

¡Vana ilusión!—¡Quimérica jactancia!—¡El Batallón se defenderá por sí mismo del formidable enemigo que lo cerca, y el general O'Donnell castigará á los insensatos que amenazan destruirlo!

O'Donnell había empezado por mandar al general Ríos que se detuviera, viendo mejor, sin duda, desde el lugar en que se encontraba situado, el espantoso riesgo que iban á correr los de *Cantabria...*, pero las lagunas impiden que la orden llegue con oportunidad.—Decide entonces correr en su socorro, y aun aprovechar aquella ocasión para derrotar nuevamente á los Africanos, haciéndoles pagar caro su intento...

Su plan es instantáneo, enérgico, decisivo, como las circunstancias.—El general Galiano, jefe de la Caballería, saldrá al escape por la derecha con los dos Escuadrones de *Lanceros de Farnesio*, con una sección del Regimiento de *Albuera*, y con la *Escolta* del General en Jefe, compuesta de Carabineros y Guardias civiles de Caballería; lo arrollará todo; pasará por pantanos y lagunas; envolverá el llano, trazando un ancho semicírculo, y cruzará como una tromba por en medio del Ejército marroquí, hasta colocarse al lado del Batallón de *Cantabria*.—El general Ríos, entretanto, avanzará de frente con su Cuerpo de Ejército; se arrojará también por en medio de las lagunas, y volverá en auxilio del general Ros cuando se halle á la misma altura que él.—El brigadier Morales de Rada, de la División Ríos, seguirá el movimiento iniciado por *Cantabria*, y protegerá á Galiano, cargando con su Brigada de infantes al mismo tiempo que la Caballería.—La Artillería, en fin, marchará también de frente; salvará todos los obstáculos; penetrará en el agua como todo el mundo, y se colocará en terreno sólido al lado de la Infantería del TERCER CUERPO.

Comunicado el plan á los que han de ejecutarlo, las cornetas tocan ataque; las trompetas de Caballería repiten la tremebunda señal; parten nuestros jinetes por la derecha á galope tendido, y el TERCER CUERPO se lanza al agua sin vacilar un punto.—El General en Jefe, con su Cuartel General, va al frente de la Infantería...

Mil vivas, mil voces de "*¡Adelante, y á ellos!*" resuenan en todas partes.—Los soldados caminan cubiertos por el agua hasta la cintura..., pero conservan la formación y avanzan impetuosamente.—Alguno cae..., y desaparece bajo los turbios cristales de la laguna; mas, entretanto que consigue levantarse, vese aún sobrenadar su brazo derecho empuñando la carabina...

—*¡Cuidado con las armas!* (gritan los jefes).
¡Que no se mojen!

—*¡No hay cuidado!*—responden los que cayeron, alzándose con el semblante lleno de lodo, pero inflamado y sonriente.

—*Ya queda poco...* ¡Adelante!—gritan más allá los oficiales.

—*Ya queda poco...*—repiten los soldados para infundirse ánimos unos á otros.

Y así llegan á la orilla opuesta.—Y, según van llegando, se alinean como en una parada.

La forma de los pies y el color de botines y pantalones desaparecen bajo la masa de barro que han sacado de las lagunas... ¡Y así emprenden el paso de carga!... ¡Así corren al encuentro del enemigo!

La Artillería, en tanto, cruza los pantanos al trote, con agua hasta los cubos de las ruedas, y ocultándose enteramente entre los borbotones de espuma que saltan á su alrededor... Las mulas bracean en las ondas y en el fango, sin encontrar fondo duro en que apoyar las manos.—Pero cruje el látigo de los Artilleros; mil gritos

de ¡Hala! ¡Hala! alientan al ganado..., y todas las piezas pasan milagrosamente, sin que haya volcado ni una sola.

Con todo, ¡en un tránsito semejante se han empleado ocho, diez, doce minutos!...—¿Qué ha sido durante este tiempo del amenazado Batallón de *Cantabria*?

¡Oh dicha! ¡Oh gloria! ¡El Batallón de *Cantabria* ha formado el cuadro!

El general Ríos y su Estado Mayor están encerrados dentro de él.—Una legión inmensa de jinetes árabes lo rodea, acometiéndole por los cuatro lados al mismo tiempo, pero sin decidirse á asaltar aquella viviente fortaleza. ¡En todas partes se encuentran frente á frente de redobladas filas de soldados, que (con la bayoneta calada unos y en actitud de resistirles cuerpo á cuerpo, y otros con las carabinas á la cara, haciendo un fuego nunca interrumpido) forman cuatro murallas de fuego y hierro, á las que no osan acercarse los asombrados Moros!—¡Algunos temerarios que se atrevieron á lanzarse contra ellas á todo el correr de sus corceles, esperando conmovérlas y desordenarlas, se revuelcan ya en su propia sangre y en la de sus nobles brutos, dentro de la región de fuego que rodea el cuadro!

¡Loor á los valientes de *Cantabria*, los primeros que decidieron ayer la cuestión de si nuestros soldados se mantendrían inmóviles en medio de la Caballería enemiga! ¡Loor al bisoño Batallón y á sus bravos jefes y oficiales!

Allí, vuelvo á decir, dentro del cuadro, estaban el general Ríos y su Cuartel General, y así mismo se habían encerrado en él la Sanidad, la Música, el Capellán y el ilustre coronel Naneti, que mandaba el Batallón de *Cantabria*.—Entre ellos veíase á los heridos (que también los hubo), á los cuales hacían tranquilamente los médicos

la primera cura (1).—Nosotros aplaudíamos en lo íntimo de nuestro corazón á todos aquellos valientes, mientras que los Escuadrones de Lanceros y nuestra restante Caballería, que acometió por la derecha, cargaban ya impetuosamente á los jinetes enemigos... Estos corren... Aquellos los persiguen, los alcanzan, pasan por en medio de ellos, y los alancean y acuchillan sin piedad...—En pos de los nuestros cae una lluvia de balas que les dispara la vil morisma...—¡Pero adelantan siempre, y, para un Español que cae, ruedan por el polvo diez Marroquíes!—Así recorren todo el llano, que los Moros abandonan, por último, apartándose del heroico y ya libertado Batallón de *Cantabria*... Y así llega la fuerza española al pie del Campamento enemigo, donde se para y se rehace en formación, esperando nuevas órdenes del General en Jefe.

Un Lancero se presenta entonces al valeroso brigadier D. Francisco Romero Palomeque, que ha capitaneado esta brillantísima carga, y le entrega un estandarte que ha cogido á la Caballería mora, dando muerte al que lo llevaba...—¡Bien por nuestra Caballería! ¡Era la segunda vez que luchaba cuerpo ó cuerpo con la árabe; y ayer, como el día de Castillejos, recogía en prenda de victoria una bandera mahometana! (2).

Al mismo tiempo daban parte de que un joven,

(1) Uno de ellos fué el coronel Puente, jefe de Estado Mayor de la División recién llegada, y hermano de aquel otro coronel Puente, amigo mío (y también jefe de Estado Mayor), que murió del cólera en Ceuta.

(2) El memorable hecho de armas que acabo de referir valió al citado brigadier D. Francisco Romero Palomeque, jefe de la Brigada de Lanceros, una honrosísima y especial recompensa.

En el Certamen literario celebrado en el Ateneo de Cádiz, obtuvo D. Eugenio Quijano el premio, que consistía en una flor de oro, por la poesía titulada *Fe, Esperanza y Caridad*: "A la salida de las naves de Colón del puerto de Palos."

casi un niño, de bella y suave fisonomía, vestido con el uniforme de alférez de *Húsares de la Princesa*, se había incorporado á los Lanceros y tomado parte en la carga, distinguiéndose por su arrojo y bravura.—Era el Conde d'Eu, nieto del último Rey de los franceses, Luis Felipe I de Orleans.

Dejamos á nuestra Caballería muy cerca de los Campamentos moros, y allí se reunieron también á los pocos instantes el TERCER CUERPO y la Artillería con el General en Jefe y su Cuartel General...

De buena gana hubiera mandado el Conde de Lucena dar un asalto á las tiendas de los Marroquíes...—; Todos los semblantes expresaban este deseo, y la solemnidad del día estimulaba los ánimos á tan gloriosa empresa!—Pero eran las cuatro de la tarde: dos horas después sería de noche, y estábamos á más de una legua de nuestro Campo, sin víveres, con pocas municiones y sin nada dispuesto para tan importante operación, que implicaba un cambio total en nuestros propios Campamentos, en el plan de campaña y en los cálculos prudentísimos de O'Donnell; el cual no quiere fiar nada á la suerte, como lo fió en mal hora el imprudente D. Sebastián de Portugal...

No había, por tanto, otro remedio que renunciar una vez más á apoderarnos de un Campamento que teníamos casi bajo la mano...

Al abrirse el pliego que contenía el nombre del autor, halláronse, en otro sobre, estos dos versos:

No he escrito, no, para la gloria mía:
He escrito sólo para ajena gloria.

Aquel sobre encerraba una carta firmada por el autor, en que cedía la FLOR DE ORO "á un oficial que se distinguiera por un brillante hecho de armas en la Guerra de España con Morruecos".

Remitida la FLOR al General en Jefe del Ejército de Africa, la confirió al dicho señor Brigadier por su comportamiento en la acción que voy relatando.

—; Dejémoslo! ; Otra vez será! (decían los jefes á las tropas, para consolarlas del sacrificio que se les pedía de no empeñar ayer tarde otra refriega). ; Es cuestión de algunos días! Cuando el General en Jefe dice que no conviene, sus razones le asistirán para ello. ; Pero no tengáis duda de que pronto dormiréis dentro de esas tiendas!

Ordenóse, pues, la retirada, de cuya dirección se encargó el general García...—Y aquí principia la parte más solemne de la jornada de ayer.

La tarde era tan apacible y deliciosa como había sido la mañana. El Sol se ocultaba detrás de *Tetuán*, haciendo reverberar los elegantes alminares de sus mezquitas y resaltar más y más la blancura de las casas sobre el verde purísimo de las colinas ó sobre el azul intenso de los cielos.

Algunas granadas pasaban zumbando por encima de nuestras cabezas, para ir á caer en el Campamento enemigo, que no respondía á nuestro fuego.—Aquellos disparos parecían los últimos truenos de una tormenta pasada, y eran el único rumor que interrumpía el silencio de la Naturaleza, sumida en no sé qué sueño majestoso.

La retirada de la Infantería había principiado, y nosotros, desde lo alto de la llanura, veíamos moverse por las praderas remotas nuestros compactos Batallones, que marchaban ordenada y tranquilamente, reflejando los últimos rayos de Sol en sus triunfantes bayonetas.

Por otro lado, la Caballería, inmóvil y tendida en batalla, como protegiendo aquella operación, entregaba á la suave brisa de la tarde las vistosas banderolas de sus lanzas, que ondulaban graciosamente como las amapolas entre los trigos.

La Artillería, en fin, después de haber cañoneado muchas veces el Campamento africano, y no viendo ya por ninguna parte enemigos que

dispersar, tornaba lentamente hacia la playa, asemejándose sus largos y macizos trenes, dibujados en obscura silueta sobre el verde luminoso de los prados, á aquellas comitivas de carros griegos que se ven en los bajorrelieves de Fidias, y que representan el bélico poderío de Agesilao ó de Epaminondas.

¡Ah! ¡Yo no he visto en toda la Campaña un cuadro de guerra tan clásico y aparatoso como el de ayer!—La amplitud del terreno, las grandes distancias ocupadas por nuestras tropas, y la pura diafanidad del ambiente, prestaban fantástica grandeza á la perspectiva.

Partimos, por último, también nosotros.—El Cuartel General de O'Donnell se había aumentado con el de Ros de Olano, con el de Ríos y con Prim y algunos ayudantes suyos que habían acudido como espectadores al teatro de la acción.—Eramos, pues, más de cien jinetes, de variado uniforme, de distintas armas, de diversas graduaciones, paisanos algunos, otros extranjeros, todos amigos...

Marchábase sin formación ni orden, en animado y revuelto grupo, al trote de los impacientes caballos, alegres como nosotros con la expectativa de un próximo descanso...—Los Generales iban reunidos, al frente de tan lucida cabalgata.

De pronto hizo alto el General en Jefe, con lo que ya supondréis se detuvo también todo el mundo, y buscando con la vista al Conde d'Eu, que formaba parte de la comitiva, exclamó ceremoniosamente:

—Monseñor...

El Príncipe llevó su mano á la visera, y se acercó á O'Donnell.

—Monseñor (prosignió éste): Vuestra Alteza ha hecho hoy sus primeras armas con la bizarría propia de los que llevan el ilustre apellido de *Orleans*, habiendo añadido un nuevo timbre á

los muchos que distinguen su augusta Casa. Yo me ufano de que V. A. haya recibido bajo mis órdenes el bautismo de fuego, y tengo la honra de nombrar á V. A., en uso de las facultades que me ha conferido S. M. la Reina de España, Caballero de la Orden Militar de San Fernando.

Así diciendo, el General en Jefe pidió á uno de sus ayudantes una placa de dicha Cruz que llevaba al pecho, y la entregó al joven Conde d'Eu.

Este, ruborizado y conmovido, dió las gracias al general O'Donnell, y colocó en su dormán de Húsar la insignia española, con tanto orgullo como alegría.

.....
Volvimos á pasar las *Lagunas*.

Una vez á la otra orilla, empezamos á encontrar los Batallones que regresaban del combate, y que, á la aproximación del General en Jefe, se iban formando en recias masas.—Con gallardía, pues, y un aire marcial que no les hubiera dado el mejor artista, presentaron las armas al que tantas veces los había llevado á la victoria; y al mismo tiempo las músicas tocaban la Marcha Real, cuyos magníficos ecos se prolongaban por la serena atmósfera, hasta resonar en las montañas vecinas...

¡Era, sí, una Gran Parada! ¡Era, casualmente, la celebración de la fiesta nacional del día!

Y el Cuartel General avanzaba; y allá, de muy lejos, otros Batallones, que caminaban hacia su Campo, le enviaban el mismo saludo; y la armonía triunfal no cesaba ni un momento, sino que, por el contrario, resonaba á la vez en diferentes regiones de la *Llanura*...

Anochece ya.—Detrás de nosotros iba estableciéndose el cordón de escuchas ó de centinelas que guardan nuestros Campamentos por la noche.—Es decir, de trecho en trecho quedaba un soldado solo, con su arma al brazo, inmóvil

y como clavado en su puesto.—Aquello, visto á cierta distancia, de Oriente á Poniente, como nosotros lo veíamos, en la hora fantástica del obscurecer, y en una planicie tan desarbolada, producía un efecto misterioso, pues se dijera que aquella fila de hombres solitarios, cuyos sombríos cuerpos se destacaban y perfilaban en negro sobre el diáfano ambiente del crepúsculo, era una serie de gigantes que tocaban con la cabeza en el cielo, ó una hilera de espectros luctuosos que venían del campo enemigo á reclamarnos la vida que acabábamos de arrebatarnos.

Ganamos, al fin, las trincheras por un punto donde, en virtud de orden del General en Jefe, se aguardaba el Batallón de *Cantabria*, formado en masa y con la bandera desplegada al viento...

O'Donnell paró su caballo frente al bizarro Batallón, y lo arengó de esta manera:

“—¡*Cantabria!* El primer día que habéis entrado en fuego os habéis conducido como un Batallón de aguerridos veteranos. Estoy muy satisfecho de vuestro esforzado comportamiento.—Soldados: ¡Viva la Reina!”

Este *viva* fué contestado unánime y ardientemente, y seguido de otro al general O'Donnell.

Un momento después descansábamos todos en nuestras tiendas.

Así terminó aquel paseo militar y dió fin la jornada del 23 de Enero, que nos costó ocho muertos, cincuenta heridos y cuarenta contusos.

Réstame decir que el Ejército de Africa ha deseado que la bandera cogida ayer á los Moros sea regalada al Príncipe de Asturias, á quien se dedicó desde el primer momento la acción, á fin de solemnizar sus días.

XXXIII

La noche después de una acción.

El mismo día.

Con motivo de esta propia festividad, anoche hubo en algunas tiendas un rato de animada *soirée*, en que se cantaron coros, se bebió alguna botella de buen vino, se jugó con moderación, se contaron cuentos, se refirieron historias de amores, se ensayaron las fuerzas *echando el pulso*, se escribieron versos aun por los más profanos, se disfrazaron de Moros algunos hombres graves, y se rió, en fin, á más no poder, y con razón ó sin ella, hasta que sonó el toque de silencio.

Yo asistí á la tertulia de los jefes y oficiales de Carabineros de la escolta.—A uno le habían matado el caballo; otro había *perdido* el sargento de toda su confianza; el de más allá se curaba una ligera herida; algunos nombraron dos ó tres veces á cierto compañero que acababa de morir del cólera en Ceuta, y de quien se hablaba á propósito de su cama ó de su caballo (no me acuerdo bien), que había quedado vacante...;—pero todos estaban de muy buen humor.

Son estos Carabineros una bizarra y cordialísima gente, acostumbrada á sufrir en tiempo de paz trabajos no menos rudos que los que soporamos todos ahora. Los servicios que prestan, siempre en despoblado, persiguiendo contrabandistas ó ladrones, les han hecho connaturalizarse con la soledad, con la intemperie, con la hoguera del pastor, con la desmantelada venta, con el miserable cortijo. Para ellos, pues, la tienda es un palacio, la vida de campaña una festividad, y la pelea una feliz ocasión de repetir

en público (como, por ejemplo, esta tarde) los mismos hechos de armas que tantas veces acometieron en secreto.—; Qué serenidad la suya!, ; qué llaneza!, ; qué conocimiento de todo género de peligros!, ; qué experiencia del mundo y de los hombres!, ; qué resistencia contra el sueño, contra el hambre, contra las enfermedades, contra las inclemencias de la atmósfera!

Yo no olvidaré nunca el efecto que me producían anoche aquellos hombres curtidos por toda una vida de ásperos afanes, al verlos en apiñado grupo y fatigosas posturas, bajo el lienzo de su reducida tienda, tan contentos y satisfechos como si no esperaran ni recordaran un momento de mayor bienestar y reposo.

Llamó, sobre todo, mi atención un teniente de bastante edad, fuerte como una encina centenaria, que bebía en silencio, echado boca abajo sobre un cajón que había tenido municiones.— Cuando se entonó el *coro* en que vinieron á parar las libaciones, todo el mundo cantaba una estrofa, cuyo principio era:

¡A beber! ¡A beber!, etc.

El viejo Carabinero (catalán, si no me equivoco), en vez de repetir lo mismo que los demás, decía con una voz desapacible y ronca:

¡A vivir! ¡A vivir!, etc.

Fuera intencional ó casual esta *variante*, siempre revelaba un consuetudinario apego á la vida tan franco y natural, que me hacía reír y entristecerme al propio tiempo y mirar con cierto respeto á aquel valeroso anciano que brindaba modestamente *por la conservación de su existencia*.

Tal fué la noche de ayer.—En cuanto al día de hoy, ha transcurrido monótonamente, sin añadir ni una sola línea importante á mi libro de memorias.

XXXIV

Juramentos y promesas de dos Moros.

Día 25 de Enero.

Anoche hubo una ligera alarma: los Moros vinieron en medio de las sombras á derribar los trabajos hechos en el *Reducto de la Estrella*; pero nuestros centinelas los avistaron y les hicieron fuego, con lo que terminó el incidente.

Hoy han llegado de Ceuta dos de los prisioneros moros que visité hace dos semanas, y se les ha encerrado en el *Fuerte Martín*, por cuya plataforma se paseaban esta tarde, dirigiendo á *Tetuán* miradas de afectuosa pena...

Ambos se han ofrecido espontáneamente á servirnos de espías si se les pone en libertad; y aunque la proposición tiene todos los visos de estratagema esencialmente moruna, el General en Jefe ha accedido á soltar á uno de ellos, considerando que lo peor que puede sucedernos si no vuelve, es tener un cuidado menos y un enemigo más; pero enemigo que aterrará á sus compatriotas cuando les describa nuestra fuerza, nuestro poder, el número de nuestros cañones, la fabulosa abundancia de municiones y víveres que tenemos de repuesto, y otras muchas cosas que habrá observado en Ceuta, en el mar y en nuestros Reales.

Sin embargo, el prisionero no ha sido puesto en libertad sin ciertas condiciones, que han dado margen á interesantísimas escenas...

Primeramente, se sometió á los dos Moros la cuestión de cuál de ellos había de quedarse en nuestro poder como garantía de la próxima vuelta del Campamento africano...—Los prisioneros de que se trata son el *primero* y el *tercero*

(siguiendo el mismo orden con que os los fui describiendo en Ceuta): esto es, *el viejo de fisonomía innoble, pero muy inteligente*, que dije entonces, y aquel *moreno tosco y feroz, que parecía tan diligente montañés como terrible soldado*.—El viejo se llama *Abdalla* y habla español, y el otro se llama *Aben-Amurat*.

El apuro en que poníamos á los dos era muy grave.—El que partiera debía fingir que se había escapado de su prisión; pasar un día en el Campamento de Muley-Abbas; adquirir todos los datos posibles acerca de los planes de éste, del número de sus tropas y del espíritu que las anima, y volverse á los tres días á nuestro Campo, en cuyas avanzadas lo aguardaría la escolta que había de acompañarlo al salir.—La recompensa de tan infame traición consistiría en una *gruesa cantidad* de dinero (¡cosa de unos 1.000 reales á cada uno!), con la cual pasarían á establecerse en la Argelia, adonde nosotros nos encargáramos de conducirlos.—En cambio, el que se quedara aquí *respondería con su cabeza* del cumplimiento de la palabra empeñada por el otro.

Dicho se está que semejante amenaza no pasaba de ser una *frase de efecto*, y que á nadie se le ha ocurrido degollar al que se ha quedado, aunque el otro falte á su promesa..., que es lo más verosímil... Pero ellos tomaron el asunto por lo serio, y conferenciaron más de una hora en presencia de Aníbal Rinaldy.

¡Yo los veía también!—Estaban sentados sobre las piernas, frente á frente, ó, por mejor decir, rodillas contra rodillas, en un ángulo de la prisión, y de las anchurosas mangas de sus jaiques salían los desnudos brazos á animar y como á solemnizar el diálogo con aquellos lentos, enfáticos y severos ademanes que caracterizan las conversaciones de los Agarenos.

A cada instante colocaba el uno su mano derecha sobre el pecho del otro, y se la llevaba después á la frente ó á los labios, como dando á entender que lo que decía la boca debía ser la verdadera idea de la cabeza y el verdadero sentimiento del corazón. Otras veces el viejo dejaba caer sus dos manos sobre los muslos tendidos del joven, y lo miraba intensamente, como si quisiera leer en sus ojos las intenciones. Por último, diéronse la mano de la manera que ya sabéis (como entre nosotros se da el agua bendita), besándose después las yemas de los dedos, y se levantaron.

—¿Estáis convenidos?—les preguntó Aníbal Rinaldy.

Por toda contestación diéronse la mano nuevamente, encajando dedos entre dedos y cruzándolos con ahinco; abrazáronse primero con el brazo derecho, luego con el izquierdo, y *Abdalla* murmuró algunas frases en árabe, cerrando los ojos como si experimentase una especie de éxtasis.

—¿Qué dice?—le pregunté á Rinaldy.

—Ha recitado estos versículos del capítulo XVI del *Corán*:

"106. En verdad, Dios no dirige á los que no creen en sus signos; pero los reserva un castigo cruel.

"107. Los que no creen en los signos, cometen una mentira y son unos embusteros.

"108. El que después de haber creído se haga infiel, siendo obligado á ello, y no tomando parte su corazón, no es culpable. Pero la cólera de Dios caerá sobre el que abra su corazón á la infidelidad, y un castigo terrible le aguarda.

"111. Pero Dios es indulgente y está lleno de misericordia con aquellos que han abandonado su país después de haber sufrido desgracias, y

que luego han combatido por causa de Dios, soportándolo todo con paciencia."

—Me admira (exclamé yo) que este endemoniado salvaje sepa tanto.

—¡Quizá no sabrá otra cosa! (me respondió Aníbal). Todos los Moros tienen en la memoria el *Corán*, verso por verso. Vea usted, si no, cómo repite las mismas palabras este otro musulmán, no menos endemoniado ni salvaje...

En efecto: *Aben-Amurat* repetía el sagrado texto citado por *Abdalla*.

—Conque ¿cuál se queda?—les preguntó nuestro joven intérprete.

—¡Me quedo yo! (respondió el anciano, cuya vulgar fisonomía se revistió de cierta grandeza). Yo me quedo, y éste se marcha; después vuelve éste, y nos marchamos yo y él; y ya no volvemos aquí nunca ni él ni yo, ni los dos juntos.

—¡Eso es! (respondió Aníbal, respetando aquella singular retórica, á que estaba tan acostumbrado). Cuando vuelva *Amurat*, los dos sois libres.

—¡Libres!—repetieron ambos Moros, extendiendo las manos, cual si ya divisaran horizontes ilimitados.

—Y si *Amurat* no vuelve (dijo *Abdalla*, cogiendo mi mano y obligándome á figurar que yo le cortaba el cuello con ella al otro Moro, como con una gumía), los Cristianos le cortarían la cabeza dentro de tres soles.

—*Amurat* vuelve—respondió *Amurat*, besándose la mano, después de llevársela al corazón.

Abdalla levantó los ojos y las manos al cielo, como pidiendo á Dios que fuese testigo de aquella promesa.

—¿Volverá?—le pregunté yo á Rinaldy en castellano.

—¡Si puede, sí! (respondió mi amigo). Pero es muy fácil que los Moros lo maten al verlo, sos-

pechando todo lo que está sucediendo en este instante.

—¡Mira!... (le dijo á Aníbal el viejo *Abdalla*, interrumpiendo nuestra conversación y llevándonos aparte). No le deis ahora dinero á *Amurat*, pues los Moros le preguntarían de dónde lo había sacado, y él se pondría triste para mentir, y ellos le cortarían la cabeza, y vosotros me la cortaríais á mí dentro de tres soles. Dadle un duro nada más, para que coma, y dadme á mí los otros 49 duros suyos y los 50 míos, que hacen 100 duros menos uno; y si no vuelve *Amurat* y vosotros me cortáis la cabeza, os podéis quedar otra vez con todo el dinero; pues, como yo estaré entretanto encerrado en esta torre, no habré podido esconderlo en el campo debajo de una piedra, ni cerca de un árbol, ni en el sepulcro de un Moro muerto, y marcharme al Rif, para volver dentro de muchos años, cuando ya os hubieseis ido á España, á buscar mi tesoro..., sino que el día de mi muerte encontraréis todo el dinero en esta prisión, donde no puedo esconderlo, pues el centinela lo vería, aunque yo lo escondiera de noche, y os lo contaría por la mañana.

—Todo eso está muy bien (respondió Aníbal); pero hasta que vuelva *Amurat* y te declaremos libre, ¿qué falta te hace el dinero? Si es que no te fías de nosotros, ¿no se te ocurre que siempre podríamos quitártelo á la media hora de habértelo dado? Y, por otra parte, ¿qué te propones tú al querer conservar el dinero de tu amigo?

—¡Te diré! (respondió el Moro con una sonrisa astuta y delicada). Si vosotros me dais ahora el dinero, y *Amurat* vuelve antes de tres soles (como yo le pido á Alá y espero de la formalidad de mi amigo), vosotros, aunque tengáis muy mala memoria, no podréis ya olvidaros de pagarnos; ni, aunque tengáis más ocupaciones que hoy, os veréis obligados á dejarlas para contar

el dinero de los pobres Moros; ni, aunque te mueras tú y todos los Cristianos, quedará nuestro trato sin cumplimiento por falta de testigos que declaren que nos debéis esa cantidad; ni podrá haber pleito con vosotros sobre si el espionaje se ajustó en tanto ó en cuánto, puesto que nosotros no pediremos más de lo que hayamos recibido, si lo hemos recibido todo, ni vosotros nos lo daríais, aunque lo pidiéramos.—En cuanto al dinero de *Amurat*, deseo conservarlo en mi poder porque nos hemos instituído recíprocamente nuestros herederos, y él pudiera morir ó faltar á su promesa, y vosotros perdonarme la vida.—¿Qué nuevos despropósitos puedes responder á todo esto?

—Que tienes mucha razón, pero que hasta que vuelva *Amurat* no se os dará lo prometido.

—¡Bueno!...—respondió *Abdalla*, con el estoicismo del sabio que desespera de que lo comprendan.

Y, sentándose en sus pies, se puso á fumar tranquilamente.

Al anoecer ha partido *Amurat* para la Aduana, escoltado por dos Guardias civiles.—Desde allí, antes de rayar el día, se dirigirá al Campamento moro, y nuestras avanzadas le harán fuego, aunque sin apuntarle, á fin de que su simulada fuga tenga alguna verosimilitud.

La despedida de los Moros ha sido solemne, rápida, silenciosa. Hanse dado la mano de muchas maneras distintas, y *Amurat* ha marchado sin hablar palabra.

El solitario *Abdalla* fumaba reposadamente cuando yo le dejé hace un instante.

¡Pobre viejo! ¿Qué ganas se me han pasado de darle á entender que su vida no correrá peligro aunque *Amurat* no vuelva!—Ya cuidaré de que se lo diga pronto quien tenga autoridad para ello.

XXXV

Tetuán despierta.

Día 26 de Enero.

Esta mañana á las cuatro se oyeron dos ó tres tiros hacia la Aduana.

—¡Ya es libre *Amurat*!—dije yo en mis adentros, mientras que algunos de mis compañeros de tienda, que no estaban en el secreto de lo que sucedía, se preparaban á levantarse, creyendo que se trataba de un ataque matutino como el del primer día de Pascua.

—¡Ya es libre *Amurat*!—volví á decirme, en tanto que reconciliaba el sueño, y esta palabra libre resonó en mi imaginación de una manera tan vibrante, que desde aquel momento no he vuelto á abrigar confianza alguna en que el libertado Moro torne á parecer por nuestro Campo.—Quizá él abjuraba en aquel mismo instante todas sus promesas, comprendiendo que la libertad es preferible á un puñado de plata; que la Patria no vale menos que un juramento, y que O'Donnell es incapaz de quitar la vida al pobre viejo que se ha quedado en rehenes.

Ahora, que son las dos de la tarde, oímos nutridas descargas en el Campamento enemigo...

¿Cuál puede ser su causa?—¿Festejarán á algún gran personaje recién llegado? ¿Habrá venido el Emperador en persona á tomar el mando de su Ejército?

Esto es más posible, é induce á creerlo el ver sobre el alminar de la *Mezquita Mayor de Tetuán* una bandera blanca y un extenso gallardete amarillo, que ondean á merced del viento...

Como quiera que sea, este brusco despertar de *Tetuán* ha excitado fuertemente mi fantasía.

—¡Conque la ciudad está habitada! (me he dicho). ¡Conque *existe!* ¡Conque se adhiere al Ejército acampado á sus puertas!

Empiezo, pues, á imaginarme nuevos y desconocidos sucesos. Adivino la defensa de la plaza; veo en lontananza el bombardeo, el asalto, el escalamiento, la brecha, la entrada á saco, el incendio, los ayes de las víctimas, el cuadro completo, en fin, el pavoroso y magnífico cuadro tantas veces descrito por los poetas de todas las edades...

Y, sin embargo, todo esto me parece mejor que mis anteriores presentimientos. — *Tetuán* vigilante es menos pavoroso que *Tetuán* dormido. La expectativa de una *toma* á viva fuerza no me aterra tanto como la de encontrar desiertas sus calles y sus casas. El negro de la mecha; la pólvora inflamada; *Tetuán* volando en escombros, y nuestro Ejército aniquilado por ellos, atormentaban continuamente mi imaginación...

Ello dirá. El día no puede tardar mucho, y yo lo aguardo con la pluma en ristre.—¡Diérame Dios el numen de Tasso ó la fácil vena de nuestro Ercilla, y no en humilde y desbarajustada prosa, sino en acordadas cláusulas y numerosos versos, te cantarían los últimos libros de esta epopeya! Y, aun careciendo de tan especiales dotes, tal vez ensayara algunas veces dejar la péñola por la lira, si las fatigas de la Campaña, y el tumulto que me rodea á todas horas, me acordasen treguas de soledad y descanso en que departir á solas con mi pobre musa.

.....
Nada más por hoy.

Ha hecho bastante calor, á pesar de la fecha; y ahora, que principia á anochecer, empieza á sentirse un relente sumamente nocivo, que tiene ya en el Hospital á muchos de nuestros soldados.—¡En todo es igual esta naturaleza formi-

dable!—Pero ¡qué bella y resplandeciente, en medio de todos sus horrores!...—¡Qué cielo, qué montes, qué campiñas!

Está anocheciendo, como digo. La Luna de Enero, la más plácida y luminosa del año, muestra ya un estrecho limbo de oro, tendido en el cielo de Poniente, sirviendo como de simbólico remate á la torre de la Mezquita Mayor de *Tetuán*. Más alto y esplendoroso que la creciente Luna, tiembla sobre la Alcazaba el lucero de la tarde, el melancólico Héspero, el dios que preside á las tristezas de los que vagan solos por el campo, llenos de lúgubres memorias ó de irrealizables anhelos.

Entretanto, cánticos españoles resuenan al otro lado del río... Será algún soldado que vuelve cargado de leña, y que, al verse solo y en la penumbra, fuera de nuestras trincheras, previene de ese modo á los centinelas avanzados “que no tiren, que el que llega es compatriota y amigo”...

Por lo demás, figuraos el efecto que producirá la rondeña que viene cantando aquel hijo de alguien, aquel antiguo habitante de algún pueblo, aquel Español expatriado...

La copla última que le he oído esta tarde decía así:

Algún día llorarás,
Cuando ya no haya remedio:
Me verás y te veré,
Pero no nos hablaremos.

Concluyo dándoos la noticia de que el viejo *Abdalla* sabe ya que nada tiene que temer por su pobre cabeza, aunque *Amurat* no regrese á nuestro Campo.

XXXVI

Fortificaciones.—El Vapor, el Ferrocarril y el Telégrafo en Marruecos.—Reconocimiento.—Un espía.—El general Zabala.—El Gobernador de Gibraltar.—El tren de sitio.

Día 27 de Enero.

Pasó otro hermosísimo día de Sol, que no ha alumbrado nada nuevo.

Como viernes que ha sido, hanse visto banderas sobre todas las mezquitas de *Tetuán*.

—Hoy es el *domingo* de los Moros...—ha exclamado muchas veces Santiago.

Nuestras fortificaciones adelantan de una manera maravillosa.—Ya están concluidos los fosos y parapetos que han de defender á *Fuerte Martín* el día que levantemos el Campo. La *Aduana* ha sido rodeada también por una extensa y sólida trinchera. Dentro de ella quedan encerrados algunos edificios de tablas, que se han construído para almacenar municiones, así como dos grandes tinglados, en que hay ya de repuesto un millón de raciones, además de las que se desembarcan incesantemente para la provisión diaria del Ejército.

Formando ángulo recto con estos dos fuertes se encuentra el *Reducto de la Estrella*, de que ya os he hablado, llamado así por tener la forma de una estrella de seis puntas.—Largas trincheras enlazan estas tres soberbias posiciones, que, unidas á los ríos y lagunas, constituyen una respetable defensa de nuestra base de operaciones.

También se ha planteado esta semana un ligero Parque de Artillería, y se ha alistado todo lo necesario para desembarcar y montar el tren de sitio, luego que llegue, que dicen será mañana sin falta.

En cuanto á los Moros, trabajan también incesantemente.—Su Campamento, centinela avanzado de la ciudad, está rodeado de baterías, fosos, parapetos y trincheras. La espuerta y la pala no descansan tampoco entre ellos. Pasan de mil hombres los que, merced á los anteojos, vemos ir y venir continuamente alrededor de sus posiciones, cargados de ramaje, pitas, piedras y cuanto puede servirles para fortificarse.

Indudablemente se preparan grandes sucesos.

Día 28.

Terrible alarma antes de amanecer... — Los Moros trataban de inutilizar las obras del *Reducto de la Estrella*, creyéndolo desguarnecido; pero habiéndose hallado con que, no obstante lo extraordinario de la hora, los recibíamos á balazos, han huído en precipitada fuga.

Llega el tren de sitio.

De los buques en que ha venido se le ha trasladado á grandes lanchones, remolcados por vapores de poco calado, que han podido pasar la *barra*, hender las aguas de la ría y subir hasta la *Aduana*.

Es la primera vez, según Santiago, que penetra en el *Martín* un barco de vapor.—¿Qué dirán los Moros al ver subir por el río esas columnas de negro humo?

Nosotros contemplamos esta inauguración con patriótico regocijo, envaneciéndonos de que sea España la primera que despliegue en Marruecos el lujo de la cultura europea.—Y no es que nadie atribuya á estos hechos más importancia de la que realmente tienen; ni tan siquiera es que yo confíe en que pueda arraigarse la posesión que hoy tomamos de esta comarca... ; No! Si tal esperanza pude concebir antes de venir á Marruecos, ya la he modificado ó aplazado indefinidamente.

Con todo (lo repito), nos entusiasma conside-

rar que los Españoles hemos traído á este caduco y estacionario Imperio los más opimos frutos de la civilización.—Un barco de vapor rompe hoy las ondas del Guad-el-Jelú..., y esta nave ostenta el pabellón amarillo y rojo. Ayer quedó establecido un telégrafo eléctrico entre *Fuerte Martín* y la *Aduana*, y el vívido alambre, al transmitir el pensamiento humano, lo hacía en el habla de Castilla. Mañana quedará tendido un ferrocarril sobre este llano, y será también España la que dé su nombre á ese camino.

“Pero ¿qué significa todo eso? (diréis acaso). ¿A qué sellar tan solemnemente un suelo que no nos proponemos conservar, que para nada necesitamos, y que sería hoy un gravamen en nuestro poder?”

Vamos por partes, señores míos.—Estas grandes y costosas obras (como las llaman los periódicos madrileños) no se construyen para empeñar prendas con el porvenir, sino para satisfacer urgentes necesidades de la Guerra. El camino de hierro, v. gr., no pasa de un par de kilómetros, y es, en resumen, un medio cómodo y decente de trasladar nuestro inmenso material de guerra á través de esa pantanosa llanura... El telégrafo es también necesario, estrictamente necesario, para mantener una rápida inteligencia entre el Cuartel General y la Escuadra el día que marchemos sobre *Tetuán*... En cuanto á los barcos de vapor..., no creo que estáramos en el caso de anularlos, á fin de no comprometernos con la His-
ria...

Y es todo lo que tengo que responder por la presente.

Las satisfacciones mencionadas no han sido las únicas que hemos experimentado hoy.

Otra muy tierna hemos sentido al ver desembarcar en *Fuerte Martín* al general Zabala, de regreso de Ceuta, muy aliviado de su parálisis y

dispuesto á continuar la campaña.—En seguida se ha vuelto á encargar del mando del SEGUNDO CUERPO, que con tal bizarría ha desempeñado interinamente el general Prim, y en este mismo instante las músicas de los Regimientos que ambos caudillos han llevado á la victoria, dan al uno la serenata de despedida y al otro la felicitación por su llegada.

El Conde de Reus volverá á encargarse del mando de la División de Reserva, que, unida á la del general Ríos, formará un CUARTO CUERPO de Ejército.

Día 29,

Domingo.

Se dice Misa sobre la plataforma de la *Aduana*, y la oye todo el Ejército, formado en la llanura.

Llegan nuevos oficiales extranjeros á estudiar esta Guerra, é ingresan en el Cuartel General de O'Donnell.—Ya los hay suecos, austriacos, bávaros y rusos.

Al fin de la Misa se hace un gran reconocimiento por todo el llano.—El Cuartel General cruza las lagunas con agua hasta las cinchas de los caballos. Vadéase el *Río Alcántara* por diferentes puntos, y se eligen aquéllos en que han de echarse *puentes* el día de nuestro ataque.

El general García, algunos ayudantes y la escolta llegan hasta cerca de las huertas de *Tetuán*.—Yo voy con ellos.—Los Moros nos hacen fuego de cañón, y el agua que levantan los proyectiles al caer cerca de nosotros, nos salpica de pies á cabeza.—Estamos á tiro de fusil de las trincheras enemigas, cuya importancia y disposición observa escrupulosamente nuestro animoso jefe de Estado Mayor General.—Los cañonazos que nos disparan desde allí le sirven para conocer la colocación, número, calibre y alcance

de las piezas que los Marroquíes han puesto en batería sobre la llanura.

Algunos de sus infantes coronan aquellos papapetos y nos hacen fuego con las espingardas.—Nosotros no contestamos ni nos movemos, y, afortunadamente, no tenemos baja ninguna.

Las huertas de *Tetuán* son amenísimas: rodeánlas setos de cañas, y encierran muchos y muy variados frutales. Entre ellos vemos algunas casas de campo, de dos pisos, con azoteas y miradores. Por los alrededores de la ciudad distinguimos, con auxilio de los anteojos, mucha gente que va de un lado á otro, y largas recuas de camellos, mulos y asnos...

A eso de las dos de la tarde óyense frecuentes salvas en los Campamentos enemigos, y el viento nos trae á veces altos gritos que nos parecen de fiesta y alegría...

Indudablemente acontece algo extraño á las puertas de *Tetuán*.—¿Habrá llegado otro Ejército?—Como quiera que sea, enterados ya de todo lo que necesitábamos saber, regresamos á nuestro Campo.

A la noche, ó, por mejor decir, al oscurecer, aparece en nuestras avanzadas un muchacho moro (que nadie había visto atravesar por el llano), y agitando las mangas de su jaique blanquizco, y riendo bondadosamente, da á entender á los centinelas que viene de paz y que quiere ver á *nuestro rey*.

O'Donnell le habla unos momentos, y luego le entrega á la curiosidad de su Estado Mayor.

El muchacho tendrá catorce ó diez y seis años; es de fisonomía alegre, viva y maliciosa, y trae mucha hambre, como todos los prisioneros que hemos hecho hasta ahora.

—¿De dónde vienes?—le preguntan varios intérpretes de los muchos con que ya contamos.

—De *Tetuán*,

—¿Y por dónde has venido?

—Por entre la hierba.

—¿Qué te trae á nuestro Campo?

—Traía una carta de un comerciante de *Tetuán* para vuestro *rey*.

—¿Y dónde está esa carta?—Tú no le has dado ninguna al general O'Donnell.

—Se me ha perdido.—¿Créelo, Cristiano!

—¿Cuándo se te perdió?

—Al pasar el río.

—¿Y por qué no te volviste?

—Porque deseaba conoceros.—¿Créeme, Cristiano!

Y así diciendo, mira al cielo y se lleva la mano al corazón.

Luego se sonríe, y arranca enormes bocados á un pan que acabamos de darle.

—¿Y qué decía la carta?

—No lo sé.

—Pero sabrás cómo se llama el comerciante que te la ha dado...

—No lo sé tampoco.

—¿Y tú, cómo te llamas?

—Almanzor.

—¿Eres soldado?

—No: soy mozo de mulas.

—¿Has pasado por el Campamento de los Moros?

—¡Ca! No... He venido por el otro lado.

—De modo que no sabrás la causa de los festejos de hoy...

—¡Sí que la sé! Es que ha llegado Muley-Ahmed con mucha Caballería.

—¿Y quién es Muley-Ahmed?

—Un hermano del Emperador y de Muley-el-Abbas.

—¿Cuánta gente ha traído?

—Ocho mil Moros.

—¿De dónde viene?

—De Fez.

—Y Muley-el-Abbas, ¿cuánta fuerza tiene?

—Le quedaban veinticinco mil hombres el día de la última batalla; pero anteayer llegaron cinco mil soldados de rey.

—Son treinta y ocho mil entre todos.

—Treinta y ocho mil, y los que van á llegar de muy lejos—responde el Musulmán, sentándose en el suelo al lado de una hoguera.

En esto vienen á buscarle para encerrarle en *Fuerte Martín*.

—¡Es un espía!—se asegura en todo nuestro Campamento.

El pobre muchacho se aterra mucho cuando le dicen que suba por la escala que sirve para entrar en *Fuerte Martín*; pero el intérprete le tranquiliza asegurándole que allí encontrará otro Moro y que su vida no corre peligro.

Por lo demás, creo inútil decir que *Amurat* no ha vuelto, en lo cual hace perfectísimamente.

Día 30.

Anoche atacaron otra vez los Moros el *Reducto de la Estrella*. Su número era más considerable que en las anteriores intentonas nocturnas; pero la guarnición de la fortaleza (ya merece este nombre) estaba en acecho, y bastaron algunos tiros para que desistiesen de su propósito.

Esta mañana, al amanecer, todos creíamos que íbamos á tener acción. Los enemigos, que, según parece, han terminado ya sus obras de atrincheramiento y defensa, coronaban todas las alturas de Sierra Bermeja, mientras que algunos jinetes paseaban por el llano, bien que lejos del alcance de nuestros cañones.

Todos estos son indicios seguros de próxima tempestad.—Dijérase que los Moros nos desafían.

O'Donnell los ha estado observando largo

tiempo, mientras que á la orilla del *Martín* se trabajaba con indecible actividad para desembarcar y montar el tren de sitio...—¡Ah! ; Dentro de dos ó tres días estaremos en disposición de marchar sobre *Tetuán*, rápida, enérgica, decididamente, provistos de todo lo necesario para librar una gran batalla, poner sitio á la ciudad y destruirla en veinticuatro horas!

Sin embargo, opínase generalmente que antes habremos de rechazar otra arremetida del forzado Ejército moro, no menos impaciente que el nuestro por venir á las manos.—Según confidencias de hoy, la llegada de Muley-Ahmed y de su gente, con nuevas instrucciones del Emperador, con proclamas de los *santos* y *derviches* de lejanas tierras y con grandes repuestos de víveres y municiones, ha envalentonado mucho á Muley-el-Abbas, haciéndole recobrar la esperanza, que ya casi había perdido, de vencernos alguna vez.

Por lo demás, la posición de los Marroquíes es ahora más fuerte que nunca. Nosotros hemos de avanzar por el llano á pecho descubierto, y ellos nos aguardan en altas colinas defendidas por parapetos y cañones, fosos y lagunas. La Artillería de la Alcazaba y de las puertas de *Tetuán*, con más la que tienen en la *Torre de Jeleli* y sobre el llano, nos acribillará á balazos tan luego como nos acerquemos al Campamento enemigo, mientras que sus miles de caballos y ágil y numerosa Infantería podrán acometernos por varias partes y presentarnos una segunda batalla á retaguardia en el momento que nos alejemos del mar...

Bien sé que nuestro insigne caudillo estudia hace días todas estas contingencias, y que no dará el paso decisivo y supremo de la Campaña sin asegurarse antes de su buen éxito; pero ello no obsta para que, al mismo tiempo que ansiamos el combate, experimentemos todos cierta

impaciencia, mezclada de sobresalto, por conocer el plan del General en Jefe.—¡Oh! ¡Dios le ilumine como hasta aquí!—¡Un desastre á las puertas de *Tetuán*, por pequeño que fuera, anularía toda la Campaña, haría estériles los pasados triunfos, y sumiría á la Patria en horroroso desconsuelo!

Conque mudemos de conversación.

Hoy hemos recibido una importante y rara visita, que ha sido objeto de muchos y diversos comentarios aun entre la gente más lega de nuestro Ejército.—Mister Codrington, famoso General inglés y actual Gobernador de la plaza de Gibraltar, llegó esta mañana en un vapor á la boca de la ría y pidió permiso al Conde de Lucena para desembarcar con algunos oficiales y recorrer nuestro Campamento.

O'Donnell le contestó mandándole á la playa doce caballos ensillados, para él y su acompañamiento, y una escolta de Guardias civiles.

—¡Qué curioso es Mister Codrington! (han exclamado algunas personas, sonriendo epigramáticamente). ¡Con tal que lo que vea en nuestro Campo no se publique mañana en la *Crónica de Gibraltar*!

Pero ¿qué nos importa que se publique, ó que llegue por otro conducto á conocimiento de los Moros? ¿Ni qué podrá ver en nuestros Reales el ilustre General de los Tres Reinos Unidos?—¡Verá treinta mil hombres apercebidos al combate, y un tren de sitio capaz de hacer polvo á *Tetuán*! ¡Y verá también que sin el centenar de millones que nos reclamó su Gobierno hace pocos días con tan dudosa oportunidad, y que le hemos pagado en veinticuatro horas, enviándoselos envueltos en un Boletín de nuestros triunfos, no nos hemos quedado tan pobres que carezcamos de vastos almacenes llenos de municiones y víveres!

Dios nos libre, pues, de enfadarnos con quien ha venido á honrar nuestra soledad y á saludar nuestra victoriosa Bandera. Por el contrario, imitemos la afabilidad y galantería con que el general O'Donnell le ha mostrado todos nuestros medios de ataque y de defensa.

De todo ello, lo que más ha llamado la atención de Mister Codrington ha sido el tren de sitio, que, por confesión suya y de los oficiales de Artillería é Ingenieros que lo acompañaban, así como en el sentir de otros oficiales extranjeros agregados al Estado Mayor de nuestro General en Jefe, es el más completo, lujoso y bien acondicionado que pudiera presentarse en Europa.—Todas las piezas estaban ya montadas.—Pasan de sesenta.—Las hay de todas clases y calibres: enanos y sólidos obuses, recios morteros, pedreros formidables.—Alineadas entre los cañones vense altas pirámides de balas, bombas y granadas de todos tamaños. En otra parte encuéntranse enormes pilas de barriles de pólvora, botes de metralla, espeques, ruedas de repuesto, cadenas de hierro y otros mil enseres que completan el tremendo cuadro de tanta fuerza destructora.

Séame lícito dudar del gusto con que habrá visto todas estas cosas el señor General inglés.

.....
Paso á hablar de la profunda pena que he experimentado hoy al penetrar en la tienda del general Zabala y hallarlo otra vez tendido en su humilde lecho, con la expresión de una suprema angustia en los nublados ojos.

El Conde de Paredes estaba otra vez baldado.—Dos noches de tienda en esta húmeda llanura, han bastado á determinar tan inesperada recaída, y, por consecuencia de ella, esta es la hora en que el bizarro General, desesperado ya del todo, ha hecho entrega definitiva de su man-

do, dado un adiós tristísimo al Campamento y partido esta tarde de las playas marroquíes con rumbo á la costa de España.

¡Vaya tranquilo! El batallador del 30 de Noviembre y del 9 de Diciembre en las acciones del Serrallo, arrogante auxiliar del Conde de Reus en la batalla de los Castillejos, puede estar satisfecho y orgulloso de la parte de gloria y penalidades que le ha cabido en esta Guerra. Él ha dado á la Patria cuanto puede darle un buen hijo: primero, su poderosa ayuda; después, su salud, y últimamente, su alegría.

El general Prim ha tomado en propiedad el mando del SEGUNDO CUERPO, y, por resultas de ello, las dos Divisiones de RESERVA seguirán á las órdenes del general Ríos.

XXXVII

Combate de *Guad-el-Jelú*, ó del 31 de Enero.

Escrito en mi tienda el 1.º de Febrero.

De pantanos procuran guarecerse,
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse
Si viene á suceder desbaratillos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

(ERCILLA.—*Araucana*, C. I.)

Nuestros presentimientos se han cumplido: la tempestad que hace algunos días se cuajaba en la atmósfera, estalló al fin de un modo formidable... ¡Bendigamos á Dios! Los nuevos Ejércitos marroquíes han sido rechazados también por nuestras tropas, y el príncipe Muley - Ahmed comparte ya con su hermano Muley-el-Abbas las amarguras del vencimiento.

Ayer por la mañana, ambos caudillos salieron

de su Campo con el temerario propósito de venir á dormir al nuestro; y, puestos al frente de sus bárbaras y copiosas legiones, atacaron este Campamento por tres distintas líneas de batalla.—A la tarde estábamos ya nosotros al pie del suyo, amenazándolo muy de cerca, después de haber visto á sus infantes y jinetes huir cubiertos de sangre y de ignominia.—Anoche, en fin (á la hora en que terminaba este inolvidable mes, cuyo primer Sol iluminó la batalla de los Castillejos), nuestros soldados regresaban á sus inviolables tiendas, mientras que O'Donnell seguía ideando otra próxima batalla en que nos tocara á nosotros acometer y á los Moros resistir; en que iremos á asaltar su Campo, como ellos han venido á lanzarse sobre el nuestro, y en que haremos conocer al tigre de Libia cuánto le aventaja en valor y fuerza el león castellano.

No obstante lo dicho, el combate de ayer fué tremendo. ¡Toda una noche ha pasado sobre él, y aun se dibujan en mi imaginación sus principales episodios y terrible conjunto!— Tanto batalló nuestra gente, que la diana se ha tocado hoy muy tarde, para que todos tengan algunas horas más de reposo; y aun así, los individuos del Cuartel General estamos todavía rendidos, por consecuencia de las doce horas de continuo ajetreo que pasamos, recorriendo (varias veces por en medio de empantanadas aguas) una línea de más de una legua, ora siguiendo cargas de Caballería, ora acompañando cañones que corrían á escape, ya envueltos entre masas de Infantería, y siempre bajo un Sol abrasador, totalmente en ayunas, mojados y cubiertos de lodo, y luchando con nuestros caballos, que se asustaban de los cohetes á *la Congreve*.—En cambio, pocos días habré podido contar una acción con tanta copia de datos como hoy.—¡Todo, todo lo ví ayer!—La amplitud del terreno, liso y despe-